



X

PIO IX Y EL DOGMA

Era una tarde de Enero de 1848, y Pío IX desde una terraza del castillo de Gaeta contemplaba tristemente el ir y venir de las olas del Mediterráneo, pensando en la revolución que se agitaba en Roma y que había arrancado el cetro de sus manos augustas. Pensaba también que el alzamiento de Massini y Garibaldi, imitación de la algarada de los Riezi, no era más que un síntoma del mal del siglo, del mal universal, del neo-paganismo que combatía la Iglesia, ya sordamente, como aquellas olas que roían las rocas, ya furioso y en tempestad.

A su lado se hallaban un joven eclesiástico francés, que después fué honrado con la púrpura, Mr. Mermillod, el gran Arzobispo de Ginebra, y el Cardenal Lambruschini, entonces Ministro de Estado.

Ambos contemplaban en silencio aquella tristeza ausgusta que iba subiendo á medida que bajaba la tarde, y misteriosa comunicación de ideas y sentimientos se producía entre ellos y el Pontífice.

De pronto, Lambruschini no pudo contenerse y exclamó, como resultado de aquella conversación muda: "Santísimo Padre, vuestra Santidad no curará el mundo sino proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción. Esa definición doctrinal restablecerá el sentido de las verdades cristianas y apartará los espíritus de los caminos del NATURALISMO EN QUE SE EXTRAVIAN." (1)

Monseñor Marmillod refería en Lourdes muchos años después, esa conversación admirable, y ciertamente que las palabras del Cardenal Lambruschini entrañan el pensamiento del Papa y de la Iglesia, que es el que hemos querido desarrollar en este libro.

Contra el naturalismo, el supernaturalismo; contra la idolatría de la Humanidad á que tienden sacrílegamente, el positivismo, el socialismo y el paganismo, en fin, la verdadera dignificación del hombre por la sangre de Cristo, que no solamente redime de la culpa, sino que restablece el orden primitivo, el estado de naturaleza pura, creando á la Virgen sin mancha. (2)

Pío IX era un vidente, un santo. En medio de las amarguras del destierro, amenazado por el puñal del carbonario que hirió á Rossi en el mismo recinto del Quirinal, á Rossi cuya sangre casi salpicó las vestiduras pontificales; cuando necesitaba el apoyo de gobiernos y de naciones corroídas en gran parte por el naturalismo, obraba contra las reglas de la política mundana, proclamando un dogma tan en pugna con las ideas dominantes, en vez de halagar mañosamente al liberalismo y á las logias, cosa fácil hasta sin mengua de la dignidad pontifical, como lo hubiera hecho sin duda en su lugar quien tuviese menos lleno el corazón, de Dios.

Luis Veuillot dice: "Algunas de las principales cualidades que pasan por necesarias á los directores de la política humana—la disimulación, el desdén de la justicia, el impío ardor de dominar, el desprecio de los hombres, en fin, faltan á Pío IX; la naturaleza y la fe lo alejan de esos defectos. Hay deberes para con el cielo y para con la tierra, deberes que conoce y cumple. Debe, con peligro de su trono y de su vida, sostener los derechos de la Iglesia y el honor de Dios; sufrirá el destierro y hasta la muerte con tal de que se salve el honor de Dios y se mantengan los derechos de la Iglesia. "Señor—exclamaba David—que los que esperan en vos, no se avergüencen de mí." Esta es la oración de Pío IX. No está encargado de procurar el triunfo de la verdad desconocida; sino de confesar esa verdad hasta la muerte; verdad que surgirá viva y gloriosa, el día fijado por Dios, de la tumba de sus mártires" (3)

Pío IX soñó una vez un niño con quien jugaba San José y ese sueño era un simple símbolo de la realidad. El hombre del silencio, el santo más imbuído en los secretos de la contemplación y del éxtasis, conducía á Pío IX como á un niño y le inspiraba aquellas ideas casi sobrenaturales que le iluminaban caminos desconocidos pero seguros, como sólo un navegante muy experto puede de noche y en mar enfurecido, apartarse de los escollos á la sola luz de los relámpagos.

Después de aquella conversación memorable, Pío IX, el 2 de Febrero de 1848, asombraba al mundo con su encíclica *Ubi-Primum*, en que Papa antes que rey, parecía descuidar los intereses temporales de su agitado reino, para atender á los de la catolicidad.

En esa encíclica ilustre, solicitaba el parecer de los Obispos acerca de la declaración de la Inmaculada y les pedía informes respecto del sentir de los pueblos. La respuesta no se hizo esperar, y puede decirse que el mundo católico por aclamación, exigía se definiese el dogma. (4)

Sin mira alguna de política, como lo manifestaba el mismo (5) Pío IX, en medio de brillante y numerosísimo concurso de Cardenales y Obispos, declaraba solemnemente en San Pedro, el 8 de Diciembre de 1854, que la doctrina de que la Bienaventurada Virgen María fué exenta de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, á causa de los méritos de Jesucristo, Salvador de los hombres, es doctrina revelada, por lo que todos los fieles deben creerla con firmeza y confianza. (6)

Cuando Luis Veuillot tuvo noticias de acto de tanta trascendencia, escribió estas admirables palabras, tanto más notables entonces, cuanto que los sucesos de cerca no se aprecian por lo común en su verdadero valor.

"La pobreza filosófica de nuestra época, efecto de ignorancia de la teología, comprendió poco ese incomparable acontecimiento. En el fondo y en la forma, proclamando la verdad, Pío IX combatía dos especies

de error. En el fondo, por la afirmación del pecado original, derribaba **LOS SISTEMAS QUE TIENDEN A LA DEIFICACION DEL HOMBRE**, establece la verdad de su caída, la realidad de su miseria, la necesidad de la Redención y de la gracia. En la forma, el Papa, ejerciendo acto de tamaña gravedad, como es el de definir en materia de fe, solo, sin intervención de ningún concilio, en presencia de toda la Iglesia obediente, atestigua más claro de lo que lo habían hecho los pontífices predecesores, su pleno poder y su **INFALIBILIDAD.**" (7)

Ya hablaremos detenidamente de ésta.

Pío IX triunfaba, no como rey temporal, sino como Pontífice eterno. Si á sus enemigos los hería la declaración, el odio de ellos se exacerbaba y recrudecía; si la recibían con desprecio, ya acabarían de confirmarse en la creencia de que el Papa era un soberano caduco, indigno de presidir en una comarca europea el movimiento de la civilización, y capaz sólo de buscar en plegarias femeniles auxilios ilusorios.

La voz augusta que declaraba el dogma, despertó naturalmente por un momento los odios protestantes, que dormían hacía dos siglos en una atmósfera bastante saturada de racionalismo y de indiferencia; irritó á muchos demagogos é hizo reír á los filósofos positivistas y ateos, con la risa que Voltaire les presta para que insulten las cosas augustas.

Era natural: á la declaración se sucedieron nuevos ataques al rey de Roma y al Pontificado. (8)

Con el pretexto que se quiera (el del judío Mortara por ejemplo) (9), en Francia, en Inglaterra, en Italia, en toda Europa, la prensa redobló sus ataques contra el gobierno pontificio, y haciendo eco la diplomacia á las hojas revolucionarias, Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia, se dirigieron á Pío IX, ¡dándole lecciones de humanidad y nada menos! (10)

El Santo Pontífice debía ser el primer mártir de la verdad que enseñó al mundo, y por eso una vez en un consistorio, indicando con el dedo el sangriento circo vecino á la augusta basilica, exclamó con elocuencia digna de Tertuliano: "Ese anfiteatro, ese coliseo cercano de aquí, fué en los primeros siglos de la Iglesia cáliz que recibió la sangre de los primeros héroes cris-

tianos; hoy es copa que recibe nuestras lágrimas. Esa sangre y esas lágrimas claman al cielo y conmoverán el corazón de Dios en favor de su Iglesia." (11)

Y así fué. Pío IX, como decíamos, no obtuvo con la declaración un triunfo temporal, sino el martirio, *fides debitricem martirii*, ó por mejor decir, no logró un triunfo aparente desde luego aun para la misma cristiandad, pero sí una victoria que debía tener su resonancia en lo futuro y para siempre, y que andando los años el mismo mundo escéptico ha tenido que advertir y que confesar.

Desde el momento en que Pío IX declaró á la Virgen Inmaculada, una nueva era comenzó para la Iglesia y para el mundo. En la noche de Belem, los ángeles mostraron á María con el niño en los brazos, á unos pastores, y un nuevo reino más pacífico y extenso que el de Augusto, dió principio en la tierra. Muestra Pío IX á María veinte siglos después, glorificada sobre toda creatura por la sangre del Redentor, y nueva era comienza para la humanidad.

El sabio y santo P. Perreyve, concluye un hermoso opúsculo, que en 1855 escribió acerca de la Inmaculada, con estas palabras que comprueban nuestro pensamiento: "Terminaremos este capítulo como lo hemos comenzado, recordando las líneas escritas hace más de dos siglos por un santo sacerdote (el P. de Montfort), líneas que tienen acento profético: "El corazón me dicta lo que con gozo particular acabo de escribir, para manifestar que la divina María ha sido desconocida hasta aquí, razón por la que Jesu-Cristo no ha sido conocido como debía serlo. Si, pues, como deberá suceder, el reino de Cristo llega al mundo, tal advenimiento *no será sino consecuencia necesaria* del conocimiento y del reino de la Santísima Virgen que dió al mundo al Salvador la primera vez y que lo revelará la segunda." (12)

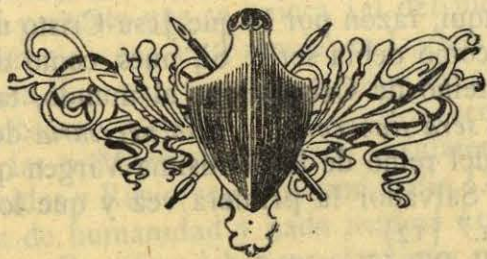
Comenzó Pío IX al definir el dogma de propia autoridad pontificia, *no teniendo en cuenta las notas de los Obispos, sino sólo su dictamen, lo que es muy diverso*, por declarar que era infalible, pues presentaba á la catolicidad todo un dogma de fe; infalibilidad que implícitamente reconoció la Iglesia, al reputarlo con autoridad bastante para una definición dogmática.

Al proclamar, pues, á María Inmaculada, la Iglesia perfeccionó su constitución; hizo imposibles las heregías; allanó el camino al nuevo concilio, que logró casi en momentos, lo que antes no se hubiera hecho en centenares de años, y dió el primer golpe de muerte á la Iglesia galicana, amenazadora constante de un cisma.

Al mismo tiempo, ¡qué efusión de fe y de esperanza provocó aquella verdad bendita en los corazones cristianos! ¡cómo empezaron á cesar las discordias en la Iglesia, y qué respeto, qué entusiasmo, qué amor despertó en la catolicidad toda, aquel santo Pontífice que venía á ser para la tierra el ángel mensajero de las alegrías de Belem!

Todos lo han dicho, católicos é impíos: Pío IX, después de San Pedro, ha sido el Papa más querido de la Iglesia, y las glorias del insigne León XIII, no han podido hacernos olvidar al anciano que se soñaba niño en los brazos de San José, (13) y que ha sido sin duda, el Pontífice predilecto de la Virgen María.

¡Qué efectos tan grandiosos! la autoridad rodea la del prestigio sobrehumano de la infalibilidad; la soberanía dulcificada por el amor!



LA INFALIBILIDAD

XI

LA INFALIBILIDAD

EFFECTOS DE LA DECLARACION

EFFECTOS DE LA DECLARACION

PARTE TERCERA